



Graffiti y fotografías Malk

# Malk

## Un grafitero mayor

Elkin Restrepo  
María Vélez

En Medellín, el graffiti gana un mayor espacio público y sin duda alguna se hace más artístico e inventivo. Más autónomo, si se quiere. Una mirada a algunos lugares representativos, como la Avenida El Poblado en el sector de San Diego, el cementerio de San Lorenzo, la parte baja de la Calle 10, el Jardín Botánico, etc., permite advertir hasta dónde lo que hace treinta años comenzó con *tags* (rótulos con apodos) en los vagones del metro de Nueva York, hoy, acá, alcanza en muchos casos un desarrollo y un valor indiscutibles. Con María Vélez, fotógrafa, y el artista Juan Santiago Uribe, quien ha hecho varias investigaciones al respecto y, para el caso, ha sido también nuestro guía, recorrimos muros, ruinas y fachadas que le han servido de espacio a este nuevo arte del aerosol y la plantilla y, por lo tanto, a la aparición de otra clase de artista que ha hecho del anonimato y del nomadismo urbano, una razón y una oportunidad.

Aunque en esencia el graffiti es anónimo, muchos de ellos hacen reconocibles a un autor por su temática y estilo, y por la historia visual que a lo largo de los años han ido generando en el entorno público. Es el caso de quien, bajo la sigla *Malk*, ha desarrollado

una propuesta que sobresale entre las demás por lo particular y sugestivo de ella.

*Malk* acudió a nuestra cita, un viernes a las once de la mañana, en el Café de la Biblioteca Pública Piloto. En muletas, porque días antes, al caer de la bicicleta, se había roto una pierna; hecho que lo tendrá por fuera de toda actividad durante algún tiempo. Lo que no es una buena noticia para un grafitero.

*Malk* es diseñador, actividad que le da para vivir. Pero es como artista contestatario como mejor se ve. Lúcido y convincente respecto a los principios que fundamentan su actividad, se muestra reacio a las fotos y siente que de las vocales la “U” le produce un escozor molesto.

En esta entrevista, hablamos sobre el graffiti en general, de su proyección en Colombia y, en particular, de su significado y evolución en Bogotá y Medellín.

—¿Quién es Malaleche?

—Soy diseñador gráfico..., dejémoslo en *Malaleche*. El *Malaleche* empezó, buscando conceptualmente (como el ser humano), ser un animal más; hablar de malaleche era hablar de la gastritis y del ser mamífero, y ya *malk* surgió como una abreviación de mal y milk: *malk*.

—*Malaleche* es una expresión bien irónica. ¿En qué momento surgió?

—Tiene esa visión frente a la vida, bien sarcástica, no estar del todo contento... *Malaleche* realmente surge como una marca independiente. Como ilustrador, pintaba ropa y sacaba serigrafías; al tenerlas ya listas, me di cuenta que podía utilizarlas y hacer carteles también produciendo autopublicidad callejera.

—¿En qué año?

—Entre 1998 y 1999. Salí de la Bolivariana como diseñador gráfico en el 2002.

—*El trabajo que inicias ya bajo el nombre, digamos profesional, de Malaleche, ¿lo iniciaste solo?*

—Lo inicié con una novia, una compañera que también era ilustradora. Empezamos a pintar las camisetas, y ya terminó la historia con la niña y yo seguí como *Malaleche* y en ese mismo trabajo.

—*Cuando decís ropa, ¿qué clase de ropa?*

—Generalmente, camisetas, *T-shirt*, que pinto con ilustraciones muy variadas; tuve un tiempo en que recogía imágenes de la prensa, veía que el alto contraste funcionaba y las colocaba, o normalmente empezaba a hacer ilustración a mano alzada, refinándose cada vez más la producción.

—*Te inicias, pues, diseñando ropa...*

—Sin embargo, lo más importante, lo que yo quiero, es ilustrar, ser dibujante. Nunca me interesó vincularme como diseñador gráfico en una empresa y montarme en el concepto de una marca ajena y vender un producto; no, desde el principio quise ser un autor en mi área, que es el dibujo o la ilustración. ¿Cómo buscar, entonces, soportes en los que pueda hacer lo que quiera, ilustrar lo que me guste o lo que me parezca interesante sin tener que hacer fila en un museo o conocer círculos de artistas? Veía muy lejos

poder vender un cuadro, entonces la única posibilidad de encontrar remuneración era una camiseta, ahí en eso me he estado quedando, hasta que llegó la calle y la intervención de espacios mas grandes. Lentamente empezamos con los carteles, rayando con un marcador, el aerosol todavía no había llegado...

—*Cuándo decís carteles, ¿qué clase de carteles?*

—El mismo estampado de la camiseta, estampado en un papel barato, que luego pegaba en los muros de las calles.

—*María Vélez: ¿Solamente lo pensaban como una publicidad para promocionar las camisetas, no con un sentido de comunicar algo, de arte...?*

—No, más bien como una forma de ver la calle como un nuevo entorno, otro sustrato para explotar. Al principio el discurso era: estamos pegando unos carteles, pero independientes; no son carteles publicitarios como los de la publicidad convencional, sino que es nuestra propia publicidad. De hecho el cartel no decía dónde comprar las camisetas ni que se trataba de camisetas; no, nada, solamente de hacer circular la imagen; que la imagen que estaba en las camisetas estuviera también en la calle y se estuviera viendo. Fue un movimiento primario, inconsciente; con lo de los carteles quería pintar, intervenir, rayar, entonces empecé a hacer esas cosas, a conocer más gente y darme



cuenta que eso podía ser un movimiento, y de ahí fui ahondando más en las causas y las razones.

—¿*Qué otra gente?*

—Un amigo me conectó con unos amigos de *Excusado*, de Bogotá; de ahí conocí a otro del que me hice muy amigo, que se llama *Stinkfish* (pez appestoso), y con él ya empezamos a experimentar otras cosas como la brocha, el aerosol, y, bueno, qué estás diciendo, qué vas a decir en la calle y verlo como una razón de vida. Con él me doy cuenta de que el graffiti es una posibilidad de expresión y un área que desconocía.

—¿*Existía en Medellín ya algo parecido?*

—Yo realmente empecé a rayar en Bogotá, pero en Medellín siempre ha habido una corriente del graffiti; lo que pasa es que la mayoría del graffiti que se ha visto acá, es el graffiti convencional, que está ligado al hip hop, a las letras, a la cultura del rap, a Nueva York, a los metros, no a la intervención urbana libre. Eso fue lo que me marcó a mí siempre, yo siempre he querido estar fuera de las escuelas o de lo que ya está marcado, y hacer lo que me sale del tallo.

—¿*Qué diferencia al graffiti corriente, neoyorquino, de la intervención urbana?*

—Ellos lo llaman neo-graffiti. La intervención urbana es simplemente el estilo que tú te hayas creado con las herramientas que tengas para, naturalmente, intervenir algún espacio. Es importante leer el espacio, saber como está, diagramar en él. El graffiti con el hip hop ya está muy definido, tiene estilos, tiene técnicas, tiene un lineamiento muy cerrado en el que se está hablando de letras. La intervención urbana es libre; puede ser a punta de collage, no hay técnica específica, cualquier persona puede llegar a intervenir como sienta o como pueda. Hay una tesis que saqué en esta experimentación y es que a partir de la incapacidad surge el estilo; según la incapacidad que cada quien tenga, va a tener un estilo específico.

—¿*La limitación es, en otra forma, siempre otra posibilidad?*

—La limitación es una gran puerta para la creatividad.

—*María Vélez: ¿Cuál era esa incapacidad?*

—Yo era totalmente incapaz o, más o menos, con el hiperrealismo. El aerosol lo manejo sin ninguna técnica;



o sea, la técnica mía es libre, es ensayo y error; puede ser un poco imprudente, pero es también experimentar, no guiarse por los cánones de una técnica. Cualquier técnica puede abrir otra posibilidad fuera de lo ya establecido.

—¿*El graffiti siempre estará vinculado al aerosol?*

—El graffiti puro, para llamarlo graffiti, sí creo que tiene el aerosol como herramienta insigne; se puede echar aerógrafo, pero sería una facilidad, como retocando o haciendo una seudo-trampa. También se puede fondear en vinilo, pero el efecto del aerosol tiene unos acabados y una expresión muy específicas.

—¿*Has estado con el graffiti desde que se originó?*

—Sí, de hecho hay unos grafiteros que sólo pintan con aerosol.

—¿*No es muy limitado su registro colorístico?*

—No, ahora hay marcas especializadas en graffitis, en las que ya la tinta es más polvorienta, no es como laca, no chorrea tan fácilmente; cubre más, tiene colores mates, brillantes, metalizados; aerosoles que hacen sombras o brillos, el negro o el blanco medio diluidos. Hay una gran posibilidad en cuanto a los colores.

—¿Quiere decir esto que a medida que se fue desarrollando el graffiti, igual lo hizo la técnica del aerosol?

—Correcto. Ya hay un gran mercado del graffiti. El aerosol no tenía esa gama tan amplia. Incluso los primeros grafiteros, para buscar diversidad de líneas, les quitaban las boquillas a las latas de conservas o a las latas de elementos mecánicos, que eran boquillas para usos industriales o culinarios, adaptándolas para que hicieran diferentes trazos.

—¿Cuando te iniciabas, qué tipo de aerosol utilizabas?

—Con los aerosoles nacionales, hace unos cuatro años. Como ahora se han dado cuenta de que es un mercado, se han abierto espacios comerciales para el graffiti. En Medellín hay dos, el movimiento es un poco bajo en comparación con Bogotá, donde hay mucha más masa, pero en la historia el graffiti siempre ha estado presente desde sus inicios en Nueva York, repercutiendo acá.

—María Vélez: ¿Y eso cuando fue, más o menos?

—Principios de los años setenta creo. El graffiti empezó simplemente como una firma con el nombre y algún signo del área dónde vivías. A la firma le dicen el *tag*, llegaban y ponían su seudónimo y el número de la calle o algo. Empezó como el vandalismo que vemos ahora: una letra escrita que lentamente se fue refinando;

ahora llegó una segunda oleada, estos nuevos diseñadores gráficos o artistas plásticos que vienen a traerle un peso más de estética o mensaje diferente a lo que se hacía antes, que era solamente representar a tu comunidad o a vos mismo, siempre eso de representarse, de marcar el territorio, de decir estoy aquí y éste soy yo.

—¿Se ha vuelto el graffiti un lenguaje universal?

—El graffiti vende mucho, porque siempre va a ser una imagen muy fresca, siempre va a parecer que es vanguardia o contestatario. Lo que pasa también con el *stencil*, que es una técnica antiquísima; con él podemos irnos hasta las pinturas rupestres, en las que ponían una mano y pintaban a los lados, eso es un *stencil*; pero por tener el acabado de aerosol le da esa imagen fresca, que es una alternativa a lo que ya es oficial. La primera reelección de Uribe fue un falso *stencil*, hecho en litografía, “adelante presidente”, era sólo lenguaje de *stencil*; se percibía diferente, era nuevo.

—¿El *stencil* es un género o una técnica?

—El *stencil* es la técnica de la plantilla. Se encuentra con el graffiti en que es intervención urbana, que también es la calle, pero se confrontan y se enfrentan porque el graffiti habla de la mano alzada, de otro tipo de acabados; el *stencil* es la reproducción, la repetición de ubicar en varias partes el mismo motivo. En cambio el graffiti es más libre y en él se varía más; cada pieza

termina siendo única, aunque hay unas piezas de *stencil* que son muy especiales también.

—¿De acuerdo con lo que se observa, el *stencil* tiene un carácter más político?

—El *stencil* tiene más marcada la posibilidad de tener esa connotación política y ha sido utilizado por mucho tiempo por la contracultura.

—Pareciera que el graffiti ha sido ya asimilado... ya no es provocador, no se censura, sólo un nuevo lenguaje artístico, tan expresivo o pobre como cualquier otro.

—Siempre el establecimiento va a querer asumir estas representaciones y expresiones alternativas; el establecimiento siempre va a querer suplantar y va a querer parecer libre, fresco, nuevo. De ahí viene también la historia de las tendencias, cada que llegan, lo vuelven establecimiento. Pero el asunto del vándalo está siempre unido a esa frescura y a esa fuerza, a una nueva forma de ver la vida, que está en contra de lo establecido, así éste hipócritamente lo asuma y lo adopte para vender productos. Pero nunca van a lograrlo realmente... Es como la música y sus géneros.

Pero hablamos del vándalo sin decir criminal, sin llegar al delito atroz. ¿Por qué pintar la pared es malo o es un delito? Listo, está bien, vamos a pintar una escultura, pues bueno, eso ya tiene connotaciones mayores; pero el hecho de llegar y ver un muro que está abandonado o no tiene dueño visible y recuperarlo, mucha gente va a pasar y va a decir: “eso no se puede hacer, ¿eso por qué se hace?”. Entonces nosotros estamos viviendo de una forma no establecida, llegamos y lo sentimos así, y lo hacemos porque lo queremos, no porque nos dijeron, o porque queremos ser criminales. Es una alternativa, otra forma de ver la vida, de vivir la ciudad, de habitarla. Eso también es muy importante en la historia de la intervención urbana...

—Parece una actitud muy cívica, de niños buenos...

—Está en la mitad de las contradicciones.

—A mí me interesa el graffiti en el momento en que descubro unos trabajos que no tienen nada que disputarle a una obra de arte...

—Entonces eso es una obra de arte al lado de un caño o debajo de un puente. Eso también termina siendo político.

—Una obra que se sale del estudio, de los formatos convencionales y que asume a la ciudad como un gran lienzo... ¿Es el graffiti un arte anónimo por naturaleza?

—El ego sí está muy presente porque vos te estás representando —o bueno, en algunos momentos—, pero en el graffiti como tal, sí, porque es tu estética, es tu gusto y el gremio va entendiendo y va sabiendo; entonces hay un reconocimiento. Yo puedo llegar a hacer una cara de una rata y no poner la firma, pero el que sabe va a decir; “esto es de...”. Entonces el ego sí está también presente, aunque sea anónimo y no se busque figurar ni salir en el mercado o estar en los canales; de hecho la foto sería bacano que no saliera en la entrevista: prefiero que salga el dibujo que la foto de mi cara.

—Un arte de todos modos público, urbano, así se haya iniciado simplemente con una firma o un apodo...

—Sí, el hecho de salir a la calle ya empieza a crearle a uno nuevas cosas y a enriquecerlo. Estar en la calle es lo que más lo atrapa a uno; yo hago cosas en la calle, mientras pinto un muro, que no haría si no estoy pintando. Siento que la ciudad realmente es mía cuando estoy pintando, siento que el habitar la calle es el mismo hecho de pintarla.

—¿Cómo ha sido tu relación con la policía? Según la leyenda, los de kepis persiguen a los grafiteros en todas partes. Son como el agua y el aceite.

—En Medellín estamos muy bien respecto de eso. Lo que pasa es que tenemos que saber qué lugar vamos a intervenir; uno busca, por lo general, lo que te decía: lugares residuales, donde uno llegue y el señor policía le pregunte “¿qué está haciendo?”, y usted le dice: “No, pues arreglando el muro, vea cómo está”. También uno va a lugares de baja calaña. Aquí, en Medellín, nos han tratado muy bien, los policías nos han dicho que somos unos monstruos para pintar, pero que nos vayamos rapidito. Aunque no faltará el día en que uno termine encarcelado por esto. Nosotros hemos optado por pintar de día, por las mañanas, sin ocultar nada, sin buscar ese asunto de la adrenalina; claro que hay un área que se llama *bombardear*, consiste en hacer firmas rápido; eso sí es para trabajarlo más clandestinamente y puede haber más líos con la ley en ese sentido.



—Esas actitudes tuyas tan correctas y civilizadas dan casi para un nuevo modelo de conducta social...

—No, porque cuando el graffiti sea más masivo, será un problema social, de orden público.

—Vos hablas de “nosotros”, ¿quiénes son nosotros?

—Ah, bueno, es que salir a pintar solo es algo aburrido, porque la ciudad es muy grande. Entonces uno llega con dos o tres: puede intervenir un área más grande y ser más contundente en la intervención. Yo pertenezco a un *crew* que se llama *Mostros cro*; se va encontrando uno a la gente, la dinámica está en la calle y en estar rayando; va juntando lo de uno con lo de otra gente y esos colectivos son importantes.

—¿Son muchos los colectivos acá en Medellín?

—Pues acá en Medellín yo conozco a los *PWS cru*, que son grafiteros de vieja escuela, y a *Pepe* que ha estado en las calles por mucho tiempo.

—¿Porque los nombres en inglés?

—Porque son de vieja escuela, hip hop, son más americanizados.

—¿Existe un graffiti nacional?

—Estamos en pos de eso, pero es difícil salirse aún de esa historia de los hip hop. Por ejemplo, en Brasil hay una gran escuela, un estilo muy latino, que tiene que ver con la naturaleza, con las razas, y se siente. Aquí todavía estamos tratando de cultivarlo. En Bogotá hay un gran movimiento; el amigo *stinkfish* es un buen elemento que ha trabajado por la unión de los grafiteros y los interventores urbanos, y estamos tratando que eso suceda, pero estamos todavía trabajando. No fuimos los primeros que hicimos graffiti, pero estamos abanderando para buscar esa identidad. También hay una nueva tendencia de los diseñadores gráficos que adoptan ese estilo del diseño y de las caricaturas, y todo es muy americano y comercial, pero estamos buscando esa identidad. La revista *Objetivo* también hace una gran labor.

—¿Cómo nace un graffiti, cómo lo realizas, de qué te sirves?

—Yo empecé totalmente repentista; el imaginario mío es lo que me preocupa: mi país, la estética que he estado buscando, lo que me parece a mi agradable.

Yo llego a un muro y ¿bueno, qué vamos a pintar?, entonces miro el muro, lo vemos, sentimos el muro y discutimos, “¿ve vos que querés hacer?”... Entonces se adapta uno ahí mismo.

—¿No utilizas bocetos?

—No, eso lo utilizan mucho los *hoppers*, los grafiteros vieja escuela, porque trabajan mucho la tipografía, el efecto. Yo soy más atropellado.

—¿Eliges un sitio y pintas lo que se te va ocurriendo?

—Pues, igual, uno sí mira los colores, ve qué cosas o qué materiales tiene, pero sobre todo el espacio, el espacio lo nutre a uno mucho, el espacio lo llena, aunque últimamente estoy trabajando con concepto, buscando una temática específica. Estoy trabajando unos gordos que son como la imagen del poder. Primero empecé con ese resentimiento, o ese afán, o esa agonía que me producía la narcocultura que tenemos; entonces empecé a hacer el gordo mafioso que terminó siendo el comerciante, el banquero, el político, el milico...

—¿Cuál ha sido tu evolución temática? ¿Qué asuntos temáticos has ido desarrollando?

—El hecho de uno estar pintando en la calle y ver a la gente y darse cuenta que sí, que es un arte público, que es un arte para todos, y que además es una cosa que uno impone, porque no es democrático, porque uno dice: “yo pongo esto y todo el mundo lo tiene que ver”. Entonces la gente termina siendo cada vez más importante para lo que uno está haciendo. Me interesa no quedarme en el esteticismo, aunque en algún momento empecé como diseñador gráfico; cada vez estoy más interesado en cuál es el mensaje, cuál es la profundidad de lo que estoy haciendo.

Si me estoy tirando cuatro o seis horas allí, dejando la plata que tengo en eso, ¿qué es lo que quiero dejar? No sólo que sea bacano; estoy tratando además de experimentar y de evidenciar esas cosas que me duelen de la ciudad, esas cosas que me parecen horribles de este país, pero que son lo que somos. Estoy ligado con esas imágenes del poder, de ese poder corrupto, que está aquí y es nuestra estética, lo que nos define, así no lo queramos. Estoy viendo para dónde me lleva eso, uno va repitiendo y va haciendo un gordo aquí, otro gordo allá, otro más allá, y después se dice: no son sólo gordos, también los malos son flacos.



Cuando trabajo sólo el esteticismo, trabajo la agresividad, pero también la bondad. Entonces supe que los ojos y dientes eran muy importantes para la expresión y esos siguen ahí. Por eso tengo ojos y dientes muy marcados, pero tengo otros elementos: los anillos, la U...

—¿Y la U por qué?

—Por el partido...

—¿Ah, por el partido de la U! (risas)

—Todos tienen un dije de la U, entonces uno se ríe con los amigos y dice “nadie se va a dar cuenta”, y pasa un señor y dice: “Velo, Uribista”, y ahí sí se le baja todo a uno, leyeron, leen un montón de cosas. O, a veces, estoy pintando uno de maletas con la prepago al lado y entonces se parquea la camioneta al lado y yo, bueno, apago la música, porque ya estoy asustado y el man por el celular: “No, ya voy por las nenas, ¿quiere que lo recojamos o qué?”. Se baja la nena, se monta al carro y se van, y yo: “Por Dios se salieron

del muro”. Hay un espejo ahí, así sea tan caricaturesco y tan estético y con colores bonitos y con armonía, rosados y morados...

—Se consiguen también logros muy bellos en la versión tipográfica del graffiti.

—Ellos son muy puristas, tienen esa historia de tipógrafos. En Europa ya no los llaman grafiteros sino tipógrafos, para diferenciarlos de los artistas urbanos y de todos esos ilustradores nuevos que han llegado. A ellos les queda más difícil ser originales, porque siempre tienen un canon ahí que están viendo, a alguien que ya hizo esa letra; yo a veces hago las letras pero me salen *superchungas*; ésa es una incapacidad grandísima, pero de todas formas le va llegando a uno y uno dice ¡listo!, también quiero hacer letras grandes. Hay unas cosas que se llaman *bloques*, es hacer una letra de una sola cuadra. Esto también son retos, esa historia de estar ahí en la calle e intervenirla y diferenciarse de los demás, influye en uno y uno dice: “Ve, también podemos hacer esto”. Hay un montón de cosas que nos faltan por hacer que ya hicieron allá.



—El graffiti es efímero por naturaleza...

—Sí, hay una gente a la que le da muy duro lo efímero del graffiti.

—¿Cuánto dura un graffiti?

—Ah, eso depende: un graffiti puede durar tres años o puede durar un día; puede ser por la mala técnica para intervenir el muro, también por susceptibilidades. Llegan y “Ah, me pintaron el muro”, y se ponen bravísimos, o sobre un graffiti pintan otro. Hay una cosa muy peculiar, uno pinta un graffiti en un terreno baldío y al mes vendieron el terreno (risas), le da vida al lugar; nadie veía eso hasta que lo pintaron, lo pintaron y salió, se refrescó.

—¿Dónde consiguen los aerosoles?

—Ya hay dos tiendas especializadas: una en el pasaje La Playa que se llama *Beat box*; es relativamente nueva, lleva uno o dos años. Antes no teníamos la posibilidad de pintar con aerosoles para graffitis profesionales, por llamarlo de alguna forma; entonces nos adaptábamos a lo que había, e igual se sigue haciendo: si no tenemos plata para aerosoles, entonces nos sale algún trabajo de publicidad o alguna intervención en eventos, pedimos material para eso y lo que queda... La otra es *Bestia Extraña* que queda en *CMYK* en el Poblado.

—¿Es costoso un aerosol?

—Sí, es muy costoso: cuesta \$15.000 la lata y debería estar costando \$ 7.000, \$6000; en el resto del mundo cuesta entre \$4000 y \$ 6000. Son alemanes y españoles, aunque en Guatemala y en México hay varias marcas y buenas fábricas.

—¿Cómo preparan una pared que van a intervenir?

ML: Hay que mirar cuál es su consistencia. Si es un muro, si es una cosa de concreto; toca echarle una mano de vinilo primero; el vinilo es responsable. Nosotros trabajamos con vinilo tipo 3, que es el más barato, ni siquiera es para exterior y aguanta un rato, pero, por ejemplo, si es una puerta metálica, eso no necesita nada, sólo con el aerosol queda.

—¿Comienzas de inmediato?

—Yo no soy muy amigo del boceto, no lo hago, pero creo que tarde o temprano llegaré a él, porque es muy importante, es vital. Me gusta el proceso. Entonces arranco con una estructura, unas formas, círculos, cuadrados y empiezo a ver por dónde va la cosa, qué le falta; es una línea continua.

—¿Llevas registro fotográfico?

—Sí, lentamente me he dado cuenta de que es muy

importante, por eso mismo de ser efímero, y todos se dan cuenta de eso y llevan un registro. Por lo general los compartimos y socializamos los trabajos en *Flickr.com*.

—Hemos oído de otro grafiteros, Mr Mongo, por ejemplo.

—Hay mucha gente que dice que es grafitero o que pertenece al arte urbano, pero realmente no tienen la contundencia o el peso de una intervención urbana en la ciudad. Es decir, hay mucha gente que ha pintado un muro o dos, pero eso no es ser grafitero. Ellos son diseñadores gráficos que pueden pintar un mural cuando quieran, ocasionalmente, pero no se dedican a esto. Para estar en la movida, en el circuito, hay que estar vigente y para estar vigente, hay que estar rayando, rayando la calle; no un evento o un lienzo para una fiesta. Hay que estar buscando muros, hay que estar ahí aguantando sol.

—¿Cada cuánto lo haces vos?

—Como es algo que no es profesional ni nada, nuestro deseo es salir todos los domingos. A veces salimos un domingo al mes o intentamos pintar en un mes seis veces, depende.

—¿En Medellín, ¿a quién destacarías en el graffiti?

—Están los *perver*; el compañero mío de los *mostros* se llama *Copz* ó *la plaga*. Él me ha enseñado mucho de la historia del graffiti hip hop. Él tiene esa tendencia; yo soy más rockero que rapero.

—¿El nombre nunca lo utilizan?

—No, siempre son *tags* o seudónimos, es como el alter ego, eso es algo que nutre más o le da más color a la historia de esa identidad, de un personaje que habita la calle. Hay una gente cuyo *tag* tiene que ver con el nombre personal, por ejemplo, un amigo se llama Marcos y firma *Mks*.

—¿Qué piensas de Banksy, el famoso grafiteros inglés?

—Banksy es puro *stencil*. Banksy es un “monstruo”. Yo digo que él es como veinte personas, es una industria contestataria.

—Él ahora está en el museo de Liverpool y no es el único caso de grafiteros con éxito...

—El graffiti, como es tan viejo, ya lo han metido en el museo hace mucho rato...

—¿Dónde queda el aspecto contestatario?

—Banksy le vendió a Angelina Jolie y a Brad Pitt un cuadro por no sé cuantos miles de dólares y lo han criticado, pero para mí él sigue estando vigente, porque el mensaje no se ha doblegado. Él no está vendiendo ninguna marca de tenis y todos los mensajes siguen siendo como: “este mundo está podrido”.

Banksy es un mito. Ya la policía no deja que le borren un *stencil* chiquito vuelto nada, porque eso ya vale plata. Me parece que él ha logrado ir más allá del supuestamente vándalo, insurgente o del desconocido al superartista reconocido. Eso es inevitable. Él triunfó; qué bueno para él (risas).

—¿El grafitero se considera un artista?

—No podemos generalizar, es un problema. Yo creo que no; sería más un pseudo-artista, porque el arte ya está muy manoseado; el arte en sí es establecimiento, es estar vinculado en un espacio. Además hay muchas tendencias nuevas, que yo creo que todos preferirían ser pintores antes que artistas, porque esa imagen del artista es como de *rockstar*. Uno sí tiene el arte ahí por el lado, pero es una relación dolorosa; es como si se negara, pero a la vez se necesitara. A lo mejor todos lo queremos ser en el fondo, pero lo negamos, es enredado.

—Observando algunos trabajos tuyos, los encuentro muy oníricos, dan la impresión que surgen muy espontáneamente.

—Es muy emotivo.

—¿Pero siempre tiende a la figura, no?

—Es figurativo totalmente. A veces he trabajado con el abstracto y manchas, pero eso sí ha sido ya más arte.

—¿Dónde se encuentran tus mejores graffitis?

—Hay uno muy bacano en el parque del Poblado, trabajamos dos días enteros ahí, frente al Picollo nuevo, pero espero que los mejores estén por llegar.

—Un domingo estuvimos tomando fotos allí, también vimos otro cerca de San Diego, en la Avenida El Poblado.

—¿Dónde hay un gato?... Lo que pasa es que yo estaba pintando con un amigo ahí, al lado, y él le pintó



una chocha hipertrofiada a una gorda, un pan gigante, y el tipo era feliz riéndose, “jua, jua, mirá”. Entonces yo le dije: “muy bonito, pero le va a durar un día no más”, y preciso, al otro día. Ni siquiera fueron los evangélicos del frente; fue un loco con un palo y una pintura y le echó un blanco y el blanco a mí me gustó; le quedó en los ojos al gato también. Esas intervenciones de la gente me parecen interesantes y llamativas, como cuando la gente llega y me tapa, pues llegamos a alguna parte, hubo respuesta. Ese sí fue como romántico, uno de los pocos muros románticos que tengo.

—Lo decís como si no significara mucho.

—¿Cómo peyorativamente? Ah, el romance.

—Eso no me parece malo...

—Pero me parece más interesante lo urbano y lo social.

—También vimos una prepagó en la Avenida Oriental.

—Ah, la prepagó de silicon valley, ya está muy gastada, esa quedó buena.

—Hubiera sido interesante haberle seguido el proceso.

—Sí, eso siempre hemos querido hacer. Incluso ese muro estaba vacío siempre; todo el tiempo vacío, vacío. Lo pintamos, duró un año así, y ya lo tienen

habitado completamente, ya ocuparon el lugar los vendedores callejeros. Vieron como la vitrina. Hay muchos lugares que vuelven a la vida con esas intervenciones, esos espacios residuales...

—María Vélez: ¿Cómo los eligen para pintarlos?

—No, uno en la cotidianidad vive la ciudad y va buscando nuevos lugares, siempre busca donde rayar.

—¿Aquellas limitaciones que confesabas en un comienzo, en cuáles virtudes han derivado?

—Esa tesis me ha ayudado mucho a ser libre, a no preocuparme si un dibujo me quedó chueco o no. Yo hago las cosas como me vayan saliendo, no pretendo ser otra persona. Siempre digo que los mejores muros están por venir. Todavía no he hecho muros con perspectiva, con profundidad, apenas estamos empezando.

—¿Se ha tomado en serio el graffiti en nuestro medio?

—Se está empezando a tomar en cuenta, es una tendencia que siempre se ve fresca, pero falta mucho por hacer aquí en Medellín; falta llenar más la ciudad de graffitis, rayarla más. Mi teoría es que después del encuentro 2007 Medellín, la disposición frente a las intervenciones cambió.

—¿Qué encuentro?

—El encuentro de artes 07.

—María Vélez: Vino un francés que pintaba a un hombre cazando mariposas.

—Exacto. Estamos buscando que la ciudad sea más cultural y turística. Por ese lado puede crecer, falta mucho, estamos en pañales todavía. Pero siempre, siempre ha habido representación del graffiti en Medellín. Faltan más los colectivos, lo ven todavía por el lado comercial, muy ligado al skate o al rap; no lo ven como una tendencia plástica específica. Eso es lo que falta; ese es nuestro reto, volverlo una comunidad.

—¿Te sentís feliz con tu trabajo?

—Me siento muy esperanzado, es muy bueno. Es eso o quedarse un domingo en la casa viendo televisión. Cada vez coge más fuerza y se vuelve más importante en mi vida. ■